

talina, salió hace poco menos de una hora.

— ¿Y dónde ha ido? preguntó Dwining.

— ¿Cómo podré yo saber hácia donde puede dirigir sus pasos una muger errante de profesion? respondió Catalina. Sin duda estaba fastidiada de vivir en vida solitaria tan distinta de la que le ofrecen las danzas, los festines y todas las escenas divertidas, que le ocasiona su oficio. Se ha marchado, y lo que yo mas extraño es que haya estado aqui tanto tiempo.

— ¿Y todo eso es lo que teneis que decirme?

— Todo lo que tengo que deciros, sir John, respondió con firmeza Catalina; y si el príncipe mismo me preguntara, no podria decirle mas.

— No corre peligro que él os haga el honor de hablaros en persona, dijo Ramorny, aun cuando no tuviera la Escocia la desgracia de perderle.

— ¿Tan malo está el duque de Rothsay, preguntó Catalina.

— No tiene otro recurso que el del Cielo, respondió Ramorny levantando los ojos al techo.

— En ese caso, ¡quiera el Cielo darle su auxilio, dijo Catalina, si los humanos no alcanzan!

— ¡Amen! dijo Ramorny con una gravedad imperturbable, en tanto que Dwining procuraba dar á su fisonomía la misma gravedad; pero se hubiera dicho que no sin mucho trabajo lograba reprimir su aire de triunfo maligno, y aquella sonrisa irónica que se manifestaba en su rostro al oír un discurso que pareciera religioso.

— ¡Y son estos hombres habitantes de la tierra, y no demonios encarnados; decia en su interior Catalina en tanto que los dos inquisidores, fallidos en su esperanza, salian del cuarto, despues de haber apelado de este modo al Cielo, cuando bebian gota á gota la sangre de su mal afortunado señor! — ¿Cómo es que no cae un rayo? Pero antes de poco retumbará el trueno; quiera Dios que sea para salvar y castigar.

La hora de la comida ofreció un solo momento en que, ocupándose todos los del castillo en comer, Catalina creyó esta ocasion la



mas oportuna para ir hácia la tronera del calabozo del principe sin arriesgarse á que la vieran. Cuando esperaba llegase esta hora, notó algun movimiento en el castillo, donde habia reinado un silencio sepulcral desde la prision del duque de Rothsay. Oia subir y bajar el rastrillo, juntándose a este ruido el de los pies de los caballos, de los hombres de armas que tan pronto salian del castillo como volvian á él con los caballos echando espuma. Vió tambien armados todos los hombres, que se le presentaban por acaso. Todas estas circunstancias aceleraban el movimiento de su corazon, que ya sentia moverse precipitadamente; porque inferia estar cerca el socorro; y por otra parte esta especie de agitacion general habia retirado del jardinillo toda la gente, dejándole mas libre y solitario que nunca. Llegó por fin la hora de comer. Bajo pretexto de proveer á sus primeras necesidades, para cuyo socorro parecia bien dispuesto el intendente, habia ella cuidado de tomar de la oficina los alimentos que le parecian mas fáciles de pasar á las manos del infeliz preso. Fué hácia las ruinas; dijo algu-

nas palabras en voz baja para que supiese de su llegada. No tuvo respuesta. Habló mas alto, y continuó el mismo silencio. Está dormido; dijo á media voz, y se halló asaltada de un susto, de un temor que la hizo dar un grito, al oír detrás de si una voz que respondió:

— Está dormido para nunca despertar.

Volvió la cabeza y vió á sir John Ramorny armado de pies á cabeza, y levantada la visera; parecia mas bien un moribundo que un caballero preparado para el combate. Pronunció él estas palabras con un tono de gravedad, que tenia como un medio término entre el propio de un observador apático de un acontecimiento importante, y entre el del agente mismo de la catástrofe.

— Catalina, continuó Ramorny, lo que os digo es una verdad. Él ha muerto; vos habeis hecho por él cuanto habeis podido, ya no podeis hacer mas.

— Yo no puedo ni quiero creerlo, dijo Catalina. ¡El Cielo me ampare! El pensar ha podido consumarse un delito tan atroz, sería dudar de la Providencia.



— No se debe dudar de la Providencia, Catalina, por haber permitido que un hombre tan depravado haya sucumbido víctima de sus propios vicios. Venid conmigo que debo deciros cosas que importan. Venid conmigo, vuelvo á decir, añadió Ramorny viendo que ella vacilaba, si no quereis quedar á discrecion del bruto Bonthron, ó del médico Henbane Dwining.

— Seguiros he, dijo Catalina; vos no podeis hacerme mas daño de lo que permita el Cielo.

Hízola volver á entrar en la torre, y despues subir escaleras y mas escaleras.

Faltóle á Catalina el ánimo.

— No paso de aquí dijo ella; ¿ dónde me quereis llevar? si es á morir, lo mismo puedo morir aquí.

— Os llevo nada mas que á las murallas, loca; respondió Ramorny abriendo una puerta que comunicaba con la plataforma de la torre, donde los soldados preparaban los mangonelles ( como llamaban entonces á las máquinas de guerra con que lanzaban dardos ó piedras), disponian las ballestas y apilaban piedras

gruesas. Mas los defensores del castillo no pasaban de veinte, y Catalina pensaba notar en ellos sintomas de duda y de poca resolucion.

— Catalina, dijo Ramorny, yo no debo abandonar este puesto del que pende la defensa del castillo, pero puedo hablaros aquí, como en cualquier otra parte.

— Podeis hablar, que ya os oigo.

— Vos habeis procurado saber un secreto cuyo conocimiento puede seros muy peligroso; ¿ teneis toda la firmeza necesaria para guardarle?

— No os comprendo, sir John.

— Me comprendeis y sabeis que yo he hecho perecer.... asesinar, si así lo quereis, á mi antiguo amo el duque de Rothsay. No ha sido difícil apagar la chispa de vitalidad que habiais procurado conservar. Lo último que habló fué para llamar á su padre.—¡Desmayais!—pues armaos de valor, que aun teneis que oír otra cosa. Sabeis muy bien el crimen, pero no las causas que le han provocado. ¡Mirad! esta manopla está vacía; yo he perdido esta mano en servicio suyo, y cuando ya me reconoció en estado de no po-



der servirle mas, me ha echado lejos de si, como si fuera un perro cojo, que ya no puede perseguir la caza; esta pérdida cruel ha venido á ser para él materia de sarcasmos, y me ha recomendado el claustro en lugar de las tertulias y placeres que eran cosa de mi natural esfera. Considerad esto, sin duda me compadecereis y me ayudareis.

— ¿Para qué tenéis necesidad de que os ayude? preguntó Catalina temblando de alto abajo; ni yo puedo reparar vuestra pérdida ni menos estorbar que se haya cometido el crimen.

— Pero podeis guardar silencio sobre todo lo que habeis visto y oido en el jardin. Yo no os pido mas que el olvido, porque sé que serán creidas vuestras palabras, tanto si decis lo que ha pasado, como si lo negais. En cuanto á la deposicion de la compañera, de esa extranjera viajante no pesara lo que la cabeza de un alfiler. Si me concedeis lo que os pido, vuestra palabra será toda mi garantía, y abriré la puerta de este castillo á los que llegan en este momento. Si no me prometeis el silencio, yo le defenderé hasta que no quede un hombre

vivo en las murallas, y os arrojaré desde lo alto de este parapeto. Si, examinad su altura, que no es un salto muy facil de dar, siete escaleras habeis subido para llegar aquí fatigada y sin aliento; pero bajareis en menos tiempo que necesitais para dar un suspiro. Hablad pues, la Linda Doncella, y sabed que tratais con un hombre muy ageno de querer haceros ningun daño, pero cuya resolucion está ya tomada.

Catalina toda espantada no se sentia con fuerza para responder á un hombre que parecia desesperado; pero la llegada de Dwining le libró de la precision de hacerlo. Acercóse al caballero con aquel aire de humildad que le era familiar; y con una sonrisa irónica mal disfrazada, que desmentia sus modales, dijo:

— Hice mal, noble caballero, en presentarme ante Vuestra Valentía, cuando estabais ocupado con una bella señorita; pero tengo una pregunta que haceros acerca de una friolera.

— ¡Habla, verdugo! Las malas nuevas son una diversion para tí, aun cuando te amenacen



ellas mismas, con tal que lo hagan tambien á otros.

— ¡Eh! eh! eh! Solo quisiera saber si Vuestra Señoría tiene intencion de tomar la tarea de defender con el auxilio de su sola mano este castillo. Perdone Vuestra Señoría, con el auxilio de su solo brazo, quise decir. La pregunta no deja de tener interés, porque yo no puedo ayudar sino muy poco, á no ser que podais persuadir á los sitiadores á que tomen algun remedio. ¡Eh! eh! eh! Bonthron está tan borracho como es posible estarlo á fuerza de cerveza y aguardiente, y él, vos y yo somos por junto los que completamos el total de la guarnicion del castillo, dispuesta para oponer resistencia.

— ¡Cómo! ¿No se batirán esos otros perros?

— Jamás he visto á nadie mostrar mas debilidad. Pero mirad aquí teneis dos. *Venit summa dies.* ¡Eh! eh! eh!

Eviot y Bunclé se aproximaron con un aire de resolucion sombría, como hombres que habian tomado el partido de resistirse contra una autoridad á que por largo tiempo habian obedecido.

— ¡Cómo va eso! exclamó Ramorny saliéndoles al encuentro; ¿por qué habeis abandonado el puesto? ¿Por qué has desamparado el reducto, Eviot? Y tú bribon, ¿no te habia yo mandado cuidar de los mangoneles?

— Tenemos una palabra que deciros, sir John Ramorny, respondió Eviot; y es que nosotros no queremos pelear por esta causa.

— ¡Qué! ¡mis escuderos quieren ponerme la ley!

— Nosotros éramos escuderos vuestros, pages vuestros, sir John, cuando erais escudero mayor en la casa del duque de Rothsay. Corre un rumor de que ha cesado de vivir el duque: deseamos saber la verdad.

— ¿Quién es el traidor que se atreve á propagar tales mentiras? preguntó Ramorny.

— Todos los que han salido del castillo para salir á la descubierta y yo, entre otros, hemos traído la misma noticia. La cantora que se huyó ayer ha esparcido por todas partes el rumor de que el duque de Rothsay ha sido asesinado, ú que se halla muy próximo á serlo. Douglas llega con una fuerza respetable y.....



— Y vosotros queréis serviros de un rumor falso para hacer traicion á vuestro amo, ¡qué cobardes sois! exclamó Ramorny con indignacion.

— Sir John, dijo Eviot, convenid en que Bunle y yo veamos al duque de Rothsay, y que recibamos de él directamente sus órdenes, pues siendo así, yo consiento en que se me cuelgue de la torre mas alta del castillo, si no le defendemos hasta morir. — Si ha muerto de su muerte natural, abriremos el castillo al conde de Douglas que, dicen, es Lugarteniente del reino. — Pero si, lo que Dios no permita, fué asesinado el noble príncipe, no nos haremos culpables participando de la criminalidad de sus asesinos, sean los que fueren, haciendo por ellos una defensa.

— Eviot, dijo Ramorny levantando el brazo mutilado, si no estuviera vacía esta manopla, no hubieras vivido el tiempo preciso para pronunciar dos palabras de ese discurso insolente.

— Eso no importa, replicó el page, nosotros no hacemos mas que nuestro deber. Os he se-

guido ya bastante tiempo, pero ahora yo soy quien tira la brida.

— A Dios pues, y ¡malditos seais todos! exclamó el caballero enfurecido. Que me apronten un caballo.

— Su Valentía trata de apelar al unto de soleta, dijo Dwining á Catalina habiéndosele acercado sin que ella lo hubiera echado de ver. Catalina, sois una loca supersticiosa, como la mayor parte de las mugeres; pero con todo no careceis de talento, y os hablo como á un ser dotado de mas inteligencia que ese rebaño de búfalos que tenemos á la vista. — Esos soberbios barones que dominan el mundo, ¿qué son ellos en el dia de la calamidad? Paja de avena que se lleva el viento. — Sean en buen hora sus manos capaces de golpear como el martillo, y sean sus piernas robustas como columnas; pero si experimentan algun contratiempo, á Dios mis valientes hombres de armas; el ánimo y el valor son para ellos de ningun precio, y los miembros y agilidad es lo que mas estiman. — Déseles la fuerza animal, son toros furiosos. — Priveseles de ella,



y ya los tales heroes de la caballería no son mas que caballos que tienen los corvejones cortados. No sucede lo mismo con el sabio. Mientras quede un grano de buen juicio en su cuerpo mutilado y magullado, su talento se mantiene tan cabal como siempre. — Catalina, yo pensaba esta mañana en mataros, pero me parece no debo sentir me alcanceis en dias, para que podais decir como supo sufrir su destino el pobre boticario, el dorador de pildoras, el majadrogas y el vendevenenos, en compañía del noble caballero de Ramorny, baron de hecho, y con esperanzas de ser conde de Lindores, cuya señoría Dios guarde muchos años.

— Anciano, dijo Catalina, si estais realmente tan cerca de padecer el destino que tenéis merecido, mejor os convendrian otros pensamientos que la gloria futil de una filosofía vana. — Pedid que os traigan un santo varon que.....

— Sí, replicó Dwining con desprecio, que recurra yo á un fraile mugriento que... ¡eh ¡eh ¡eh!... que no comprende el latin bárbaro que

pronuncia por rutina. ¿Qué consejero tan excelente para un hombre, que como yo, estudió en España y en Arabia! No, Catalina, yo escogeré un confesor á quien pueda mirar con gusto y vos sereis la que tendrá tan honroso encargo. — Tended ahora la vista sobre Su Valentia. El sudor le gotea de las cejas, — le tiemblan los labios de miedo.....; porque Su Valentia..... ¡eh ¡eh ¡eh!... pleitea por su vida ante los criados, y no tiene toda la elocuencia necesaria para reducirlos á que le permitan escaparse. — Mirad como se agitan los músculos de su fisonomía, en tanto que suplica sin fruto á esos brutos ingratos, que tantas obligaciones le deben, para que le concedieran el salvar su vida corriendo el mismo riesgo que la liebre perseguida por los galgos. Mirad tambien el aire sombrío y resuelto con que los traidores rehusan cabizbajos á su pobre amo este último recurso, y como combatidos del temor y la vergüenza. — Esos entes viles se creen á pesar de todo superiores á un hombre como yo; y vos, loca ¡habeis llegado á formar una idea tan baja de vuestro Dios, como suponer que unos misera-



bles como esos pueden ser obra de su omnipotencia!

— No, espíritu maligno, exclamó con vehemencia Catalina, el Dios que yo adoro, dotó á esos hombres, al criarlos, de las facultades necesarias para conocerle, adorarle y amarle, así como para defender á sus semejantes, para vivir santamente y practicar todas las virtudes. Sus vicios y las tentaciones del mal espíritu los han vuelto lo que son. ¡Oh! ¡si fuera capaz esta leccion de hacer alguna mella en vuestro corazon de marmol! Os ha dado Dios mas conocimientos que á los demás, y una vista capaz de penetrar hasta lo mas secreto de la naturaleza, un alma inteligente, una mano diestra; pero la soberbia llegó á envenenar dones tan preciosos, y formó de vos un ateo impío, cuando pudierais haber sido un sabio cristiano.

— ¿Ateo, decís? respondió Dwining, es muy posible tenga yo algunas dudas sobre tal materia, pero bien pronto se aclararán todas. Ya veo yo llegar á cierto sugeto, que me enviará donde tiene ya enviados á muchos otros, á un

parage quiero decir, donde se patentizarán todos los misterios.

Siguieron los ojos de Catalina la direccion indicada por los del boticario, hácia un claro de la floresta, y vió en ella un cuerpo numeroso de caballeros que se acercaba á todo galope. Traian al centro una bandera desplegada, y aunque Catalina no pudo ver las armas bordadas, el murmullo que se oyó entre ellos le dió á conocer era la de Douglas el Negro. Paráronse al tiro de ballesta, y un heraldo, seguido de dos trompetas, se acercó á la puerta, y habiendo estos tocado sus instrumentos, pidió se abriera al noble y poderoso señor Archibaldo conde de Douglas, lugarteniente-general del reino, con plenos poderes de Su Magestad, y quien por lo mismo mandaba á la guarnicion del castillo rendir las armas, bajo la pena de alta traicion.

— ¿Lo entendéis? dijo Eviot á Ramorny, que aun estaba sombrío é indeciso, dad la orden de que se rinda el castillo, ú será preciso que yo...?

— ¡No, gran picaro! exclamó el caballero,



que yo he de mandar hasta el último instante.

— Abranse las puertas, levántense los rastrillos, bájense los puentes y ríndase el castillo á Douglas.

— Esto es lo que se puede llamar la mas excelente prueba del libre albedrío, dijo Dwining. Es lo mismo que si estos dos instrumentos de cobre, que acabamos de oír, dijieran suyos los sonidos que les han hecho producir dos soldados roncós.

— ¡Anciano desgraciado, dijo Catalina, ó callad, ó dirigid vuestros pensamientos á la eternidad donde vais á entrar antes de poco.

— ¿Y qué os importa? respondió Dwining. No podeis menos de oír lo que os digo, y no dejareis de publicarlo despues, porque esto es lo que no puede menos de hacer una muger. Perth y toda la Escocia sabrán el hombre que han perdido en Henbane Dwining.

El ruido de las armaduras anunció que los recién venidos de á caballo echaban pie á tierra, habian entrado en el castillo, y que habian desarmado su corta guarnición. El mismo Douglas se presentó en las murallas con algunos

de los suyos, y les hizo seña para que se apoderasen de Ramorny y de Dwining. Otros trajeron ante él á Bonthron habiéndole hallado en un rincón, abismado en el estupor de la embriaguez.

— ¿Son estos los únicos hombres que han estado al lado del príncipe durante su supuesta enfermedad? preguntó Douglas continuando la información que comenzó al entrar en el pórtico del castillo.

— Nadie mas le ha visto, respondió Eviot, sin embargo de que yo me habia ofrecido á servirle.

— Llévanos al cuarto del duque, y que lleven allí los presos. También debe haber aquí una muger, si es que no la han asesinado ú despédido; la compañera de la cantora, que dió la primer alarma.

— Aquí está, milor, dijo Eviot haciendo que Catalina se adelantase hácia el conde.

Su hermosura y agitación hicieron alguna impresion aun en el insensible Douglas.

— No temas nada, doncella, le dijo él, tú has merecido elogios y premios. — Dime como si



estuvieras confesando, todo lo que has visto en el castillo.

Catalina contó en muy pocas palabras lo que sabia de la historia lastimera.

— Esto se acuerda punto por punto con lo que dice la cantora, dijo Douglas. Ahora vamos al cuarto del príncipe.

Fueron al cuarto en que se suponía habitara el infeliz príncipe; pero no habiendo podido hallar la llave, se vió Douglas precisado á mandar echar la puerta abajo. Luego que entraron, vieron los restos descarnados del príncipe, que daban á conocer se habian puesto de prisa en la cama. Sin embargo se manifestaba por algunos preparativos que los asesinos habian tenido el designio de acomodar el cuerpo de modo que tuviera el cadaver trazas de muerte natural; pero se habian aturdido con la evasión de Luisa. Fijó Douglas la vista en los restos del joven príncipe conducido por sus caprichos y desordenadas pasiones á un fin tan prematuro y á una catástrofe tan lastimosa.

— Algunas injurias tenia de que vengarme,

dijo él, pero á vista de tal espectáculo ¡cómo es posible acordarse de ellas!

— ¡Eh! eh! eh! Se hubieran arreglado las cosas mas al gusto de Vuestra Omnipotencia, dijo Dwining, pero llegasteis muy de pronto, y un amo muy apresurado siempre está mal servido.

Al parecer, Douglas no entendió lo que decia su preso, por estar muy ocupado en mirar las maltratadas facciones y los miembros descarnados del cadaver que tenia presente. Catalina, no hallándose ya en estado de sufrir por mas tiempo semejante objeto, y casi á punto de desmayarse, pidió licencia para salirse del cuarto y se le concedió. Logró llegar al suyo en medio de la confusion que reinaba en el castillo, y halló en él á Luisa que habiendo venido trás la comitiva del conde la estrechó entre los brazos.

Con todo eso Douglas continuó haciendo su informe. Se halló en el puño del príncipe una melena de pelo perfectamente parecido en el color y aspereza á las crines negras de Bonthron. Así pues aunque comenzó el hambre esta